

Recuerdos y proyectos

LUIS CHIOZZA

Recuerdos y proyectos

Desde la nostalgia
hacia el anhelo



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Recuerdos y proyectos : desde la nostalgia hacia el anhelo / Luis Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2026.

96 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-599-971-8

1. Psicoanálisis. 2. Psicología. I. Título.
CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2026. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-971-8

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Dicen que de hombres con buenos propósitos está empedrado el camino que conduce al infierno, pero los propósitos, como los proyectos, expresan lo que nos hace la vida que hacemos.

Recuerdo que mi padre decía que no podía cantar, como lo hace el jilguero, lo que llevaba en el pecho, y que se sentía como si fuera uno de esos antiguos frascos de farmacia que tienen la etiqueta borroneada y nadie sabe lo que guardan adentro. A esas palabras, que dijo en una conferencia en la que no estuve, y que me envió grabadas en una cinta, las oí por primera vez muchos años después, cuando él ya había muerto.

Índice

Prefacio...	11
Capítulo I. Recuerdos y proyectos.....	15
Capítulo II. Metáfora	21
Capítulo III. Un lenguaje y una lengua.....	25
Capítulo IV. Materia e idea.....	29
Capítulo V. Subsistencia semántica.....	41
Capítulo VI. Fractales	47
Capítulo VII. Redes.....	51
Capítulo VIII. Las raíces de Dios	57
Capítulo IX. La vida se diseña a sí misma.....	61
Capítulo X. Utopías y distopías en la red	65

LUIS CHIOZZA

Capítulo XI. ¿Quién es el propietario?.....	75
Capítulo XII. Lo que nos hace la vida que hacemos.....	79
Capítulo XIII. Lo que no puedes hacer.....	83
Capítulo XIV. Sólo se puede ser siendo con otros.....	87
Capítulo XV. Desde la nostalgia hacia el anhelo.....	91

Prefacio...

Veamos el esqueleto (o, mejor, el torpe esbozo) de un cuento simbólico que, dado que no soy Borges, nunca pude escribir bien. Sólo me acerqué un poco a ese conmovedor santuario que mi padre habitaba al escribir *La peste en la colmena* y *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*, pero acercarse no significa llegar.

En la guerra galáctica que la civilización gama tuvo que sostener con la civilización épsilon, hubo que resolver un problema. Ambos contendientes sabían que cuatro ojos ven más que dos (y dieciséis, más que ocho), pero eso podía

servir para un conciliábulo de generales, no para pilotear una nave veloz. No suele haber tiempo para votar acerca de si se esquiva un proyectil doblando a la izquierda o subiendo.

Así estaban las cosas hasta que a García Ceñudo se le ocurrió lo del número primo. Con un número primo, sólo divisible por sí mismo, el empate sería imposible, y el ordenador de la nave podía computar la decisión en los nanosegundos requeridos para gobernar el timón durante la batalla.

Los navíos intergalácticos se enfrentaron en la nebulosa ojo de gato (NGC 6543) y allí fue donde se dispersaron, derrotados, los integrantes del bajel de épsilon, como se dispersan en el planeta Tierra las hormigas de un hormiguero destruido por una especie rival.

Si mirásemos lo mismo desde un anteojito que agrandara las imágenes, pocos días después de

la muerte de Pedro, derrotado en su duelo con Manuel, algunas partículas atómicas, átomos, moléculas y microorganismos que en forma de organelas constituían sus células, sus tejidos y sus órganos, aunque en su inmensa mayoría se desintegraron del conjunto que unidas conformaban, lograron emigrar y se incluyeron dentro de los depredadores o gusanos que las adoptaron.

Si desde otro sistema en movimiento, o desde otra perspectiva, pudiéramos contemplar ese tiempo “relativo” compactado en un instante, hubiéramos visto, junto con la estocada que hundió el navío que enarbolaba la bandera Pedro (sus antígenos HLA y su complejo mayor de histocompatibilidad eran su bandera), cómo, desde allí, sus tripulantes emigraron hacia otros continentes.

Capítulo I

Recuerdos y proyectos

Construyo los anhelos que proyecto sobre el mañana con mi añoranza del ayer que transité.

Todos los castillos que he soñado se convirtieron en frágiles castillos de arena... y sin embargo... sueño todavía.

Mi pensar, que es como el viento, rebota en esas pobres construcciones... pero insiste... confirmando que hasta que la vida no se acaba... queda eso que llamamos esperanza.

Mi cuerpo, los otros y yo, mis tres interlocutores, son las cárceles que procuro evadir intentando convencerme de que “soñar no cuesta

nada"... pero el lenguaje me confirma lo que quiero negar... porque "no nada" es mucho.

Pero también son una manera de existir que me parece diferente del existir de una piedra... Creo que la piedra no sabe que existe... mientras que yo siento... y además pienso y hablo... y hago esas tres cosas de maneras distintas... Tal como afirma Lewis Thomas, hablo para anunciar mi presencia, para nominar algo, para hacerlo inteligible o para compartir una emoción. Y puedo porque hay cosas que son y hay otras que dicen.

Universo es todo lo que hay, pero no sólo es un "total"... que funciona como una conclusión a la que se le añade "para qué"... Porque si digo que es inteligible también estoy diciendo que su manera de ser, presente en lo que suelo denominar ecosistema, se me revela inteligente.

Entonces puedo ver, en cada pedacito microscópico, las raíces de ese Dios que Spinoza hacía

coincidir con el conjunto entero de todo lo que hay, y del cual lo que suelo llamar yo forma una parte sin tamaño...

No sólo hay razones del corazón que la razón ignora, como sostenía Pascal, también hay dádivas, como la sonrisa, que enriquecen a quien las recibe sin empobrecer a quien las da.

Newton no sólo intentó convertir la *poiesis* de la maravillosa atracción del amor en una prosaica fuerza de gravedad... También degradó la estupenda concepción aristotélica de que el tiempo se manifiesta como cambio, en una representación que se recorre desde el atrás del ayer hacia el adelante de un mañana... Una concepción falsamente espacial cuya pobreza no deja lugar para la fuerte actualidad de un presente continuo... que se manifiesta en el “endo” del gerundio... un verboide para el cual lo que fue sigue siendo, mientras que lo que será ya comenzó. ¿No es,

acaso, pésimo vivir muriendo y magnífico morir viviendo?

Frente a la magnitud de mi ignorancia, y frente a lo que me parece malo, no sólo es cierto que no siempre puedo o debo... sino además que ni siquiera quiero, siempre, suprimir lo malo. Pienso que nada es “al divino botón”... Debo decir “nada es al pedo”, porque, si la grosería existe, también tiene derechos que surgen cuando pienso que todo lo que existe cumple una función... incluyendo a los flatos en el peristaltismo intestinal...

Fellini decía que lo que no puedes hacer debes contarlo... Quizás otro recoja el guante que uno tira y haga lo que no puedes, no sabes, no quieres o no debes hacer. Dar satisface más que recibir, pero no siempre nos parece cierto... y solemos sucumbir al dicho de que vale más un pájaro en la mano que cien volando alrededor. ¿Acaso la

RECUERDOS Y PROYECTOS

necesidad no tiene cara de hereje?... mientras
que el deseo se puede postergar...

Capítulo II

Metáfora

Si, al referirme a una joven mujer, digo que el pudor que sube a sus mejillas de suave terciopelo culmina en la oferta de sus labios rojos, es obvio que utilizo sensaciones y sentimientos que nacen en algunas ocasiones y que supongo compartibles, para comunicar, “iluminando” unos con otros mis sentimientos y sensaciones actuales. Gracias a que podemos concebirlos de ese modo, cruzando de unas cosas especiales a otras que difieren pero tienen algo en común, es que nacen los conceptos que utilizamos para pensar y hablar.

Trasmitir a un niño que nunca ha saboreado un langostino que es un gusto agradable ampliamente compartido requiere utilizar alguna otra experiencia que antes ese niño ha vivido.

Los camiones que se dedican a la mudanza de muebles llevan escrito, en Grecia, para anunciar su destino, la palabra “metáfora”, que significa transporte. De más está decir que sólo se transporta algo que importa. Y que, Freud mediante, sólo lo que importa debe pagar (con síntomas) aduana en la frontera que separa lo inconsciente reprimido de lo inconsciente que habita el preconscious.

Tanto Colin Murray Turbayne (*El mito de la metáfora*) como Jakob von Uexküll (*Ideas para una concepción biológica del mundo*) exploran esa “cruza de especies” desde fascinantes vertientes diferentes. Turbayne, proponiendo substituir el mito mecánico por un mito lingüístico, sorprendentemente fructífero, y Von Uexküll,

inaugurando una biosemiótica que parte de Charles Peirce y fecundarán posteriormente Thomas Sebeok, Jesper Hoffmeyer, Lynn Margulis y Antón Markoš.

Capítulo III

Un lenguaje y una lengua

Sabemos que un loro dispone de un aparato fonador que le permite pronunciar palabras sin que su cerebro le brinde la capacidad de comprender lo que esos vocablos simbolizan. Hace años se realizó una investigación que consistió en enseñarle a una mona conocida con el nombre Sara a superar los límites de su aparato fonador. En ese estudio, la mona aprendió a comunicarse colocando símbolos, que funcionaban como palabras, sobre un pizarrón magnético. Cuando el dinero que financiaba la investigación se terminó, y Sara fue devuelta a su relación con sus congéneres,

ingresó en la penuria de una convivencia triste con las características de una melancolía.

La experiencia realizada con un loro y con Sara nos permite comprender la enorme distancia que existe entre una lengua hablada, que constituye un idioma, y el acontecimiento comunicativo que denominamos lenguaje y trasciende el concepto que denominamos palabra.

Lo que llamamos una lengua es un idioma que caracteriza la manera en que un pueblo que habita una comarca habla para cumplir con las cuatro funciones que Lewis Thomas distingue en una lengua. Pero un lenguaje trasciende los lineamientos de un idioma para lograr comunicarnos utilizando las funciones de otros órganos.

La exploración de esas lingüísticas dio lugar a una psicopatología que parte de la psicofísica inaugurada por la ciencia física y desemboca en el enfoque —casi siempre desapercibido, a pesar

de que constituye la única y verdadera hipótesis fundamental del psicoanálisis— que Freud reconoció pocos meses antes de morir en un trabajo que no llegó a ver publicado.

En ese terreno, la investigación nos permitió descubrir una cantidad de fantasías inconscientes, habitualmente reprimidas, o que nunca llegaron a la consciencia, que podemos considerar *fantasías específicas* de los diferentes órganos que integran un organismo, y, sobre todo, las distintas combinaciones de esas fantasías, típicas y universales, en numerosas enfermedades que la medicina “clásica” describe.

Capítulo IV

Materia e idea

Cuando un ser vivo se mueve, o algo sucede en su organismo, a veces comprendemos el “motivo” como el efecto de una causa que empuja, y otras veces, como una fuerza que atrae. El pulso arterial, por ejemplo, es un efecto causado por la contracción cardíaca; el ovillo de pequeños vasos que constituye a un glomérulo renal “es para” filtrar una suficiente cantidad de sangre. En este caso, la fisiología sostiene que la función hace al órgano, y Ortega y Gasset añade que, además, lo explica.

Aunque solemos hablar de “causas mentales”, como los celos, o de “finalidades físicas”, como la posesión de un automóvil, la materia siempre se concibe como física, mientras que la finalidad de un acto, en cambio, toma la forma de una imagen mental.

Weizsaecker distinguía entre lo óntico, el ser, y lo pático, el padecer en su condición de afecto. Un afecto condicionado por los tres verbos auxiliares, querer, poder y deber. (De allí no sólo surge la importancia de corazón, hígado y cerebro, sino también la necesidad de distinguir, en esos tres paradigmas, *sensitivo*, *normativo* y *perceptivo*, que apuntan a Edipo, Prometeo y Narciso, tres tipos distintos de influencias superyoicas).

La medicina distingue desde antiguo entre los signos “físicos” de una enfermedad, que se pueden percibir, y los síntomas, que el paciente relata.

Freud sostuvo que el médico jamás podría prescindir de la psicoterapia, porque la otra parte interesada en el proceso terapéutico, es decir, el paciente, jamás llegaría a permitirlo.

Sabemos que a las consecuencias farmacológicas de un medicamento, siempre se añade que funciona como un placebo, porque en su efecto influyen las fantasías conscientes e inconscientes con las cuales se lo incorpora.

De acuerdo con lo que señala Raymond Ruyer, los conocimientos de la medicina se distribuyen entre una energética, que estudia los efectos físicos de los actos médicos, y una hermenéutica, que se ocupa de los significados, que son psíquicos. La ciencia, sin embargo, siempre ha permanecido “anclada” a una “objetividad” que incurre, con frecuencia, en el desconocimiento de significados cuya significancia es mayúscula, a pesar de que no caben en una ciencia “oficial”.

El vocablo “hermenéutica” alude a Hermes, el Dios griego a quien se considera mensajero de los dioses, guía de las almas, protector de viajeros, pastores y caminos, y también patrón de comerciantes, ladrones y mentirosos. Pero los mensajes a los que la mitología alude poseen una importancia que impregna la vida con una significancia inherente que, además, es inmanente, porque emana desde el “interior” intuitivo. El termino “gnosis”, utilizado desde antiguo, pasó a significar la percepción global e inmediata de algo sin necesidad de razonamiento deductivo.

Ray Carpenter le explicaba al antropólogo R. Ardrey lo siguiente:

Suponga usted que es un mono y que recorriendo un camino se encuentra, de manera inesperada, al dar la vuelta alrededor de una roca, frente a otro

animal. Antes de saber si es necesario atacarlo, huir o ignorarlo, usted debe tomar una serie de decisiones. ¿Es un mono o un no-mono? Si es un no-mono, ¿es promono o antimono? Si es una dama, ¿está seducida? Si es un macho, ¿es adulto o juvenil? Si es un adulto, ¿pertenece a mi grupo o a otro? Si pertenece a mi grupo, ¿cuál es su rango; está por debajo o por encima del mío? Usted dispone aproximadamente de un cincuentavo de segundo para resolver todas estas decisiones antes de ser eventualmente atacado.

Dado que la supervivencia de muchos animales depende de la solución acertada de estas cuestiones, de más está decir que ellas son habitualmente resueltas con éxito.

Luego de las consideraciones que Bateson realiza acerca del significado de aquello que denominamos “instinto”, un “principio explicativo” que explica todo lo que queremos que explique, no vale la pena que ocupemos más espacio en señalar que el afirmar que se trata de una conducta instintiva nada añade ni quita a la cuestión.

Bastan estas breves referencias, que podrían ampliarse mucho con descubrimientos y pensamientos provenientes de distintas épocas y de distintos campos del conocimiento, para mostrarnos que la inteligencia es una función que trasciende sobradamente aquella actividad que denominamos proceso secundario, ejercicio de la razón o capacidad de efectuar juicios mediante el procedimiento binario de afirmar o negar algo de algo. Aunque, claro está, el “esqueleto” elemental de ese proceso binario, entendido como retro-alimentación negativa, puede ser concebido en

los organismos más elementales y en sus mismas reacciones químicas.

Bateson utiliza la palabra “epistemología” para referirse a “cómo podemos nosotros conocer cualquier cosa”, y continúa diciendo:

En el pronombre “nosotros” incluyo, por supuesto, a la estrella de mar y al bosque de pinos, al huevo en segmentación y al Senado de los Estados Unidos. Y en “cualquier cosa” que estas variadas criaturas conocen incluyo “cómo crecer en una simetría pentagonal”, “cómo sobrevivir a un incendio forestal”, “cómo crecer y conservar todavía la misma forma”, “cómo aprender”, “cómo escribir una Constitución”, “cómo inventar y conducir un automóvil”, “cómo contar hasta siete”, y así sucesivamente.

Maravillosas criaturas con conocimientos y destrezas casi milagrosos.

Para que no queden dudas acerca de que Bateson piensa que este “saber cómo” de la inteligencia es algo más que racionalidad e incluye “importancia” y “sentido”, y que con este modo de pensar se aproxima al concepto de metahistoria que hemos desarrollado continuando las investigaciones sobre el lenguaje de los órganos, basta con volver sobre algunas de sus frases. Dice, por ejemplo: “Las formas de animales y plantas son transformaciones de mensajes”; “La anatomía debe contener una analogía de la gramática, porque toda anatomía es una transformación de un mensaje material, que debe ser contextualmente formado”; “Pensar en términos de historias [*stories*] debe ser compartido por todo psiquismo o psiquismos, tanto el nuestro como el del bosque

de pinos o el de la anémona de mar”; “Contexto y pertinencia deben ser características no sólo de todo lo que llamamos conducta (esas historias que son proyectadas afuera en ‘acción’), sino también de todas aquellas historias internas, secuencias de la edificación de la anémona de mar. Su embriología debe ser algo así, hecho de la sustancia de las historias”.

Recurriendo al ejemplo del gusano platelminto que una vez seccionado transversalmente es capaz de formarse, a partir de su extremidad caudal, un nuevo cerebro y un nuevo par de ojos, Portmann se pregunta: “¿Quién es ese ‘mismo’ que se hace a ‘sí mismo’ un cerebro?”. Weizsaecker señala que la fisiología (incluso por supuesto la fisiología cerebral) puede explicar el funcionamiento humano como la física puede explicar el funcionamiento del automóvil, pero

ni una ni otra pueden decirnos lo más mínimo acerca de a dónde quiere ir el “chofer”.

Ruyer dice, por ejemplo:

Si alguien, luego de haber estudiado todos los órganos (de un organismo vivo) se pregunta: “Pero ¿dónde está el organismo?”, plantea una cuestión absurda, mientras que no es absurdo que pregunte: “¿Dónde está, en el organismo, el centro, o el centro de los centros de integración?”. Pero he aquí ahora la verdadera paradoja. Ingenua o no, razonable o no [...] en lo que respecta al centro de integración en sí mismo, se vuelve necesariamente a una cuestión análoga a la “cuestión ingenua”. “¿Dónde está la unidad del integrador?”. “¿Dónde está el integrador en

el integrador?” [...] y sin poder naturalmente responder. ¿Quién integra el aparato de integración? Este no puede ser aún un aparato.

¿Quién gobierna a esa red sin araña que llamamos internet?

Resulta abusivo, por lo tanto, aunque por hábito continuemos haciéndolo, decir que lo anímico o la inteligencia *derivan* del ejercicio, sea del cerebro o del conjunto orgánico todo. Es más adecuado decir que lo anímico o la inteligencia *se manifiestan* en la existencia de los órganos o en su funcionamiento.

Capítulo V

Subsistencia semántica

Goethe, cuya perspicacia en la investigación de la percepción de los colores lo separaron de Newton, fue pionero en sus indagaciones sobre la morfogénesis de los seres vivos. Muy pocas veces se menciona que, en 1952, Alan Turing, el creador de la computadora, revolucionó la biología, con su artículo “La base química de la morfogénesis”. Se preguntaba cómo podía expresarse la complejidad de la vida como combinatoria de unas pocas simples moléculas y sin la existencia de un plan maestro.

Portmann expone con la solvencia y la experiencia de quien ha dedicado una vida a la zoología algunas conclusiones fascinantes con respecto a las formas, los colores, las transparencias, las opacidades y los dibujos en el cuerpo de los animales, que determinan su aspecto exterior. Considera que más allá de la explicación utilitaria en términos de mimetismo, o de cualquier otra función de adaptación, son un fenómeno propio, porque poseen el sentido de una presentación o autorrepresentación simbólica que acerca de sí mismo el animal realiza.

Raymond Ruyer describe un lenguaje matricial análogo al postulado por Freud y por Chomsky al que considera, si no genético, al menos contemporáneo de las estructuras orgánicas. Entiende que el cerebro se especializa en la materialización “no corporal” de herramientas que, de este modo, no comprometen de manera

irreversible la estructura anatómica en el desempeño de una particular tarea. Afirma que todo órgano natural posee, al lado de la subsistencia física que le corresponde como entidad material y energética, una *subsistencia semántica*.

Una palabra no subsiste por la mera duración de la tinta que la perpetúa en un diccionario. Depende de la existencia y la voluntad de un hablante y una ocasión que la generan en cada pronunciamento individual. También los órganos y los organismos vitales poseen una continuidad semántica. Al lado de la subsistencia física de un ojo y una mano particulares, existe una subsistencia semántica inherente y específica que constituye *al ojo* y *a la mano* como entidades dotadas de un significado propio, presente también en los zarcillos que fabrica una vid. Hay fantasías inherentes a la existencia física particular de *un* ojo o de *una* mano, de un modo semejante a como, de

acuerdo con la teoría psicoanalítica de las zonas erógenas, hay fantasías orales que “pertenecen” y conforman al órgano boca.

Freud afirma que tanto la histeria como el lenguaje extraen tal vez sus materiales de una misma fuente inconsciente. Esa fuente inconsciente, universal y congénita, es el lugar en donde el lenguaje es un órgano natural, y el órgano natural se arraiga en una subsistencia semántica que lo convierte en lenguaje.

La secuencia intencional, el sentido que denominamos historia, no sólo vincula al pseudópodo amebiano, generado para cada ocasión, con la subsistencia semántica de la mano que apresa, sino también con la capacidad que posee el hombre “cerebral” para exteriorizar herramientas (como el avión, la rueda o la bandera) sin comprometer irreversiblemente la estructura orgánica de su cuerpo físico. Gran parte de esta

capacidad generativa, que es a un mismo tiempo instrumental y simbólica, exige un compromiso somático no siempre reversible, que se ejerce muchas veces más allá de la función normal, y llega a configurar un trastorno.

Capítulo VI

Fractales

El término “fractal” proviene del latín *fractus*, que significa roto o fracturado, y fue utilizado por Benoît Mandelbrot para referirse a un objeto geométrico cuya estructura básica, fragmentada e irregular, se repite a diferentes escalas. Se caracteriza por su similitud, por obra de la cual la parte es igual al todo que integra. Generado mediante la repetición de procesos simples, refleja patrones complejos de la naturaleza, de manera que se lo encuentra en las formas de los cardúmenes, en las nubes del cielo, en los tegumentos

de los animales o en la distribución de las ramas de los vegetales.

Es importante señalar que Mandelbrot (*La geometría fractal de la naturaleza*) sostiene que es imposible, por ejemplo, determinar cuál es el perímetro de la costa de una isla, porque será muy diferente si lo recorre una hormiga, un hombre a pie, en una bicicleta o en un automóvil.

Copos de nieve, helechos, ramas de árboles, ríos, montañas, nubes, costas, rinocerontes, hongos y bacterias tienen formas “matemáticas” que se repiten en diferentes dimensiones, y también unas dentro de otras. Sin embargo, como sucede con el perímetro de una isla, la magnitud obtenida siempre será un producto de la relación entre lo que mide y lo medido.

La cuestión se torna especialmente inquietante cuando reparamos en que las “clásicas”

dimensiones geométricas que se describen como un punto, una recta, una superficie y un volumen no impiden concebir que haya, entre ellas, estados intermedios como, por ejemplo, algo que “es más” que superficie “sin llegar a ser” volumen.

Capítulo VII

Redes

La ciencia se construye con hechos, como una casa con historias, pero una colección de hechos no es más ciencia que un conjunto de historias una casa.

HENRI POINCARÉ

A diferencia de lo que ocurre con los fractales, que no despiertan el interés del “hombre de la calle”, el tema de las redes fascina a todo el mundo. Ha dado lugar a numerosos libros, entre los cuales deseo destacar *Nexus*, escrito por Mark Buchanan, y *Linked*, de Albert-László Barabási.

Lejos de poder transmitir una síntesis de la riqueza que contienen ambos libros, me limitaré

al título de los capítulos de *Nexus* y algunos conceptos “clave” de *Linked*.

De *Nexus*:

“1. Extrañas conexiones”; “2. La fuerza de lazos débiles”; “3. Mundos pequeños”; “4. Trabajos cerebrales”; “5. La red del mundo pequeño”; “6. Una ciencia accidental”; “7. El rico se vuelve más rico”; “8. Costos y consecuencias”; “9. La red enredada”; “10. Puntos que otorgan propinas”; “11. Rompiendo el estilo de mundo pequeño”; “12. Leyes para el vivir”; “13. Más allá de la coincidencia”.

De *Linked*:

1. Percolación, paso lento de un fluido (por ejemplo café) a través de un material poroso. 2. Creación de Hubs (*influencers*). 3. Seis grados de separación (cualquier ser humano que nunca ha estado en contacto con un otro en particular siempre ha tenido ese contacto con otro que, a su

vez, lo tuvo con el primero, o con otros intermedios, de modo que nunca son necesarios más de seis). 4. “Ley” 80/20 de Vilfredo Pareto (alrededor del 80 % de los terrenos de Italia pertenece a un 20 % de propietarios; alrededor del 80 % de la arvejas está en un 20 % de las vainas; alrededor del 80 % de los reclamos provienen de un 20 % de usuarios; alrededor del 80 % de los descubrimientos de la ciencia proviene de un 20 % de los científicos, etc.). 5. Los ricos se vuelven más ricos (los individuos más “conectados” atraen más conexiones; las personas que poseen mucho dinero “atraen” más dinero, etc.). 6. El talón de Aquiles de la red (es fácil olvidar cuán dependientes de la tecnología hemos llegado a ser, y cómo hemos aumentado nuestra debilidad). 7. El poder de la fama y el prestigio (incurre frecuentemente en la distorsión de los valores). 8. Virus y modas (más allá de si los virus que se autorreplican son o no

son seres vivientes, las noticias erróneas que señalan tragedias se replican, en forma “viral”, seis veces más que las que señalan hechos comprobados). 9. El despertar de la red (la posibilidad de una conflagración utilizando bombas nucleares, por ejemplo, ha conducido a despertar una nueva conciencia de “descentralizar” las comunicaciones emitidas a través de internet). 10. La red funciona fragmentada (hasta el punto de que difunde noticias contradictorias que se eligen de acuerdo con los intereses vigentes en distintos continentes o países). 11. El mapa de la vida (funciona como un conjunto de recuerdos que, más allá de la distinción entre consciente e inconsciente, o entre filogenia y ontogenia, integra una capacidad, en cada una de sus células, de recordar lo que, como entidad biológica, como entelequia aristotélica, ha transitado). 12. Economía de la red (se autorregula de acuerdo con una

topología fractal independiente de las decisiones humanas). 13. La red sin araña (es una expresión que designa la autogestión de internet).

Capítulo VIII

Las raíces de Dios

I

Pensaron que un dios llamado Marciano fue creando, como producto de una lenta evolución, las máquinas minerales, vegetales, animales y humanas, interrelacionadas entre sí por fenómenos como la fotosíntesis o la fecundación de las flores por los insectos.

II

Pensaron que estas funcionaron así, interrelacionadas, durante milenios, y que una de esas

máquinas, el hombre, sintiéndose viva e incapaz de conocer la fórmula de los circuitos impresos “pensados” por el dios Marciano, que la han hecho posible, tomó esta fórmula por sustancias esenciales, “no pensadas”, existentes “de por sí”, y vacías de la “interioridad” que él, el hombre, poseía.

III

Pensaron que por eso lo asombró al hombre durante un tiempo la “casualidad” de que pudieran inyectarse a un ser humano, y con un efecto definido, “transistores” que, como la morfina, provenían de una planta vegetal a la cual este no reconocía “del todo” como hermana.

IV

Pensaron que esto no había cambiado; que el hombre, un robot capaz de trazar su propio

programa, dio en crear, a su vez, una máquina llamada cibernética que, estando casi tan “viva” como él, lo llevó a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a suponer que el mismo Dios habría de preguntarse, cuando observaba al hombre, surgido del programa que él mismo continuamente se creaba, cuál sería la fórmula de su propio circuito “divino”.

V

Sólo al salir de las ruinas circulares pudieron las máquinas comprender que Dios crecía junto con ellas en la estructura del conjunto, al cual ellas iban dando cada vez más vida y más interioridad, interrelacionadas. Y que, desde la misma intimidad elemental de la trama, “mineral y viva”, nacían las raíces de Dios junto con ellas, las máquinas, en cada sustancia.

Capítulo IX

La vida se diseña a sí misma

Ricoeur postula una biología hermenéutica en la cual cada especie y cada individuo dan sentido, en su forma particular, a su texto genético. Sucede en el contexto epigenético que señala Waddington, no sólo constituido por su propia cultura, sino también condicionado por su propia cualidad de lector. El mismo código, leído de otra manera, construye proteínas distintas. Reparemos en que, cuando se descifró, por fin, el código del genoma humano, sorprendió que estuviera constituido por unos treinta mil genes, estableciendo una diferencia

nunca mayor del 2 % con otros seres vivos, como sucede, por ejemplo, con la mosca de la fruta.

Anton Markoš afirma que la vida es su propio diseñador. Entre la vida de las formas y las formas de la vida, la vida se realiza desempeñándose en una estética, una eficiencia y una ética.

La naturaleza no sólo posee lenguaje, cultura y arte. Crea su propia belleza funcional con eficacia y armonía. Compromete su propio destino, y comprenderlo forma parte de un lenguaje biológico universal que da significado a las formas creadas. No hay materia sin forma ni forma sin materia. Caos, Gea y Eros, representantes de los arquetipos padre, madre y amor, funcionan indisolublemente vinculados en un campo morfogenético.

Agreguemos que los postulados que la física cuántica sostiene, o el campo de resonancia

mórfica que postula Rupert Sheldrake, operan sin las habituales limitaciones que impone el tiempo o la distancia.

Capítulo X

Utopías y distopías en la red

La película *El planeta prohibido* (*Forbidden Planet*) trata de un viaje interestelar con la misión de averiguar el destino de una expedición anterior, comandada por el filólogo Moebius, cuyo nombre remite a la conocida cinta de un solo borde y una sola cara. Ya cercanos a su destino, reciben un extraño mensaje: les solicitan que emprendan el regreso sin descender en el planeta. Un monstruo invisible, feroz e invencible ha destruido a todos los habitantes humanos dejando solamente con vida a Moebius y a su hija Altaira. Moebius teme

que el descenso de la nave despierte nuevamente a la fiera.

Sin embargo, John Adams, el comandante, decide descender. Acompañado por dos de sus tripulantes, es recibido en la paradisíaca casa de Moebius, en donde conocen a su hija, una joven sexy, cándida, virginal y atractiva.

El planeta alojó a una civilización muy avanzada, los krell, misteriosamente desaparecida, que dejó testimonios de su extraordinaria inteligencia: espléndidas ciudades que se mantienen en perfecto estado desde hace milenios. Entre las majestuosas e incomprensibles “máquinas” de la ciudad, hay una enorme estructura cibernética cargada con una inmensa cantidad de voltios, que materializa lo que los habitantes desean. Y hay otra, pequeña, que se conecta con la superficie del cráneo y mide, de manera ignota, el funcionamiento del cerebro. Moebius aclara que su

cerebro “apenas mueve la aguja” y que, aunque la medición aumenta la inteligencia, el procedimiento es traumático y riesgoso.

Entre John Adams y Altaira florece un amor genuino, mientras que un tripulante aparece muerto, y esa noche, un monstruo, que a pesar de ser atacado por las armas devora a un tripulante, parece disolverse para volver enseguida enardecido. Pero de pronto todo cesa, y John reflexiona: “No lo hemos derrotado, ha decidido no insistir”.

Al día siguiente, el ingeniero de la nave decide heroicamente “medir su inteligencia”. Lo encuentran moribundo, pero logra “explicar”, frente a sus compañeros atónitos, que la máquina gigantesca, dedicada a la creación de materia, no sólo materializa los deseos conscientes de su propietario, sino también los inconscientes, que en la vida de vigilia se omiten, y que es esto lo

que destruyó a la espléndida civilización de los krell.

La conclusión es clara: es imprescindible abandonar rápidamente el planeta, y lo hacen al día siguiente. Moebius, horrorizado por el descubrimiento de que los celos de su fijación incestuosa creaban a la fiera que, cuando él dormía, emergía, materializada por la máquina inmortal, decide quedarse, aceptando que su hija se vaya con John.

La contaminación del planeta “colonizado” por “la oscura huella de una antigua culpa” constituye ahora la plaga que, como la peste de Tebas, es la esencia de un sempiterno drama. La leyenda de Edipo Rey sobre la cual vuelve el psicoanálisis.

Recordemos lo que Bateson, con humor, pone en boca de Adán: “Es un Dios cruel, nunca debí comer esa manzana”. Sin embargo, es el mismo Dios que dijo: “Creced y multiplicaos”, frente a

la relación “incestuosa” de Adán con su hermana Eva, nacida de su propia sangre. ¿Qué hacía Dios mientras tanto? ¿Miraba consternado a su propia criatura o absolvía el pecado? ¿Por qué moran, en los jardines del Edén, los poderes del diablo? ¿Se trata, como sostiene Weizsaecker refiriéndose a la alimentación, del sempiterno dilema entre matar o morir?

El número de neuronas de nuestro cerebro ronda los cien mil millones, como el número de estrellas de nuestra galaxia, pero ahora llegamos al peñón más abrupto, porque comprendemos que ese cerebro que consideramos nuestro es en realidad como la máquina de los krell, un engendro que no dominamos cuando realiza, “por su cuenta”, lo que muchas veces “sin querer” materializamos. Dado que el ello o el superyó de un ser humano no son *su yo* (o no son “suyos”), entendemos por fin lo que el lenguaje siempre

nos dijo: “mi” ello o “mi” superyó no son míos, como esos órganos “nuestros” que nos conforman. Vivimos entre un mundo “micro”, que nos llega a través del microscopio, y un mundo “macro”, que contemplamos con el telescopio, y así coexistimos, no siempre en armonía, la máquina y yo. Somos como una abeja que ya sabe que la reina no gobierna la colmena y que la inteligencia que la guía le resulta plena de una magnitud incomprensible.

Somos como una gota de agua que afirma su existencia entre las otras y contempla, embelesada, *creyendo que son propias las luces que refleja*, mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar.

Freud señala que se ve obligado a suscribir la resignada confesión de Frazer: “Ignoramos el origen de la fobia al incesto y no sabemos siquiera en qué dirección debemos buscarlo. Ninguna de

las soluciones propuestas hasta ahora nos parece satisfactoria”.

Deus ex máquina es una expresión que se origina en el teatro griego para referirse a lo que ocurría cuando algún medio mecánico colocaba, desde fuera del escenario, un actor cuya función era interpretar una deidad que intervenía para resolver una situación o dar un giro al entretreído de los acontecimientos. Actualmente, la expresión se utiliza para aludir a un elemento que resuelve una historia desde afuera de su trama. En otras palabras, se trata de un acontecimiento que “interviene” y que se experimenta como inverosímil. En este punto, es necesario recordar cuántas veces se ha dicho que la realidad copia al arte.

Muchos años después de que en la antigua Grecia el arte dramático recurriera a introducir esta “oportuna” intervención de lo exterior,

Joseph Campbell escribe un párrafo, en donde destaco una frase en cursivas:

Schopenhauer señala que cuando uno llega a una edad avanzada y evoca su vida, esta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista. Acontecimientos que en su momento parecían accidentales e irrelevantes se manifiestan como factores indispensables en la composición de una trama coherente. ¿Quién compuso esa trama? Schopenhauer sugiere que, así como nuestros sueños incluyen un aspecto de nosotros mismos que nuestra consciencia desconoce, nuestra vida entera está compuesta por la voluntad que hay dentro de nosotros. Y así como personas a quienes aparentemente sólo

conocimos por casualidad se convirtieron en agentes decisivos en la estructuración de nuestra vida, también nosotros hemos servido inadvertidamente como agentes, dando sentido a vidas ajenas. La totalidad de estos elementos se une como una gran sinfonía, y toda estructura, inconscientemente todo lo demás, es el grandioso sueño de un solo soñador donde todos los personajes del sueño también sueñan.

Todo guarda una relación mutua con todo lo demás, así que *no podemos culpar a nadie por nada*. Es como si hubiera una intención única detrás de todo ello, la cual siempre cobra un cierto sentido, aunque ninguno de nosotros sabe cuál es, o si ha vivido la vida que se proponía.

Más allá de la conmovedora vivencia que las palabras de Campbell despiertan (especialmente cuando se refiere a ese grandioso sueño de un solo soñador que, como un prestidigitador, ha compuesto, de manera inesperada, una trama que “de algún lado” viene), el reconocimiento de las limitaciones reduccionistas implícitas en una concepción mecánica y “lineal” nos conduce hacia reconciliar una ciencia nueva con una nueva religión.

Capítulo XI

¿Quién es el propietario?

Lewis Thomas se pregunta si cuando camina por el bosque es él quien ha sacado a respirar a sus mitocondrias, o son sus mitocondrias las que lo llevaron a pasear. Koesler sostiene que cada partícula de un ser viviente es una persona que constituye un “holón” que posee, como el dios Jano, dos caras, una subordinada, que mira hacia arriba, y la otra, coordinadora, que mira hacia abajo.

A juzgar con lo que puede llegar a suceder con mi casa, mi automóvil, mis libros, mis pipas, mi familia, mis amigos y mis correligionarios, ¿soy

el propietario de las cosas que tengo? ¿O podría decir que las poseo “en alquiler”?

Y yo... ¿soy mi dueño o, como se dice, “dueño de mí”? No cabe duda de que la inmensa mayoría de todo lo que hoy “tengo” continuará existiendo con otro propietario, cuando yo haya muerto. Tampoco cabe duda de que el sentimiento de que, en última instancia, puedo elegir entre hacer o no hacer, pasando por encima de sus consecuencias, es irrenunciable. Sin embargo, cuando elijo hacer algo, no me es fácil saber de dónde proviene la decisión que adopté.

Pirandello, desde la literatura, o la física cuántica, desde su disciplina, nos aclaran que todo lo que existe sólo existe en una relación. Porchia, con sencillez conmovedora, señala: “Nadie está hecho de sí mismo”. Nuestras vidas

RECUERDOS Y PROYECTOS

conforman una red que nadie dirige, y que constituye, como internet, una tela sin araña.

Capítulo XII

Lo que nos hace la vida que hacemos

Schrödinger señala que pensamos que vivimos codeterminados por el movimiento de los átomos, que constituye “lo que nos hace la vida”, y al mismo tiempo sentimos que disponemos de la libertad de hacer o no hacer esto o aquello que configura “la vida que hacemos”.

Ambas sentencias son contradictorias y, sin embargo, vivimos sin poder prescindir de ninguna de esas dos sentencias, dentro de una paradoja que no podemos evadir.

Una sentencia conforma la convicción de que dependemos de un destino que no hemos elegido. La otra, inconciliable con la primera, es que disponemos de un libre albedrío, sin el cual el más simple de nuestros movimientos carecería de motivo.

Pero es obvio que no nos sentimos confundidos con una hoja trasladada por un viento que no podemos evitar. Y también es innegable que, por más que intentemos, con frecuencia, refugiarnos en la pasividad de sentirnos una víctima impotente que no logra alterar el decurso de su vida, albergamos el sentimiento, generalmente reprimido, de que siempre “queda algo por hacer”. Recuperar en la consciencia ese sentimiento que desde el inconsciente funciona como un automatismo que nos mantiene vivos resume la quintaesencia de la labor psicoanalítica.

Entre el Escila y el Caribdis de esas dos sentencias, por obra de las cuales somos, al mismo tiempo, víctimas y victimarios, que transcurren en un borde inestable entre el caos y el orden, como señala Ilya Prigogine, perduran las aguas navegables sobre las que efectivamente transcurre nuestra existencia toda.

Comprenderlo de ese modo, más allá de lo que suele confundirse con ser acusados de negar una responsabilidad “culpable”, constituye, en realidad, la “devolución”, a la consciencia, de una potencia genuina que permanecía reprimida.

Capítulo XIII

Lo que no puedes hacer...

Federico Fellini (en una película de Damian Pettigrew, *Soy un gran mentiroso*, en la cual colaboran, desde distintos campos de la cultura, unos veinte representantes egregios; entre ellos, Donald Sutherland, Terence Stamp, Giulietta Masina, Marcello Mastroianni y Nanni Moretti) cuenta que cuando filma se siente poseído por un oscuro habitante que toma el control del espectáculo y al que no conoce, a pesar de que con él convive y ha convivido siempre, “poniéndose, inevitablemente, a su disposición” (más allá de

los deseos de su padre, que lo quería médico, y los de su madre, que lo imaginaba cardenal).

Fuera del *set* (en donde vive inmerso en un territorio tabú, enajenado de las leyes), se siente vacío en lo que se considera la existencia “normal”. Filmando siempre se sintió en su lugar, inundado por algo que ocurre sin haberlo elegido, cumpliendo con un destino predispuesto (como un tren que debe recorrer prefijadas estaciones y “sabe” cuánto tiempo debe detenerse en cada una), encontrándose con amigos y congéneres oportunos en los momentos adecuados.

Lo que dice coincide con lo que señala (a partir de Nietzsche) Italo Calvino (uno de los insignes colaboradores que aparecen en el filme de Pettigrew): “eso” (y no yo) es quien cuenta, quien escribe y quien habla.

La mentira de la cual nos habla Fellini, y a la que en un cierto sentido reivindica (mencionando la

importancia que le concede el psicoanálisis frente a la “pretendida” verdad), es la que vivimos en nuestra existencia onírica y en nuestras fantasías diurnas inconscientes. Pero, como no podría ser de otra manera, también le otorga valor a nuestra vida de vigilia, cuando destaca la función que ha cumplido en su producción cinematográfica el deber, que lo condujo a respetar los compromisos asumidos las veces en que recibió un adelanto de dinero para filmar una película.

Por fin, si frente al hecho de que “soñar y decir también es hacer” cabe preguntarse ¿es todo lo que podemos hacer?, subrayemos que Fellini, explícitamente, responde: lo que no podemos hacer debemos contar.

Capítulo XIV

Sólo se puede ser siendo con otros

Tarde o temprano, se nos impone una conclusión que muchas veces, infortunadamente, logramos reprimir: hace ya muchos años nos conmovió la idea de que *la vida de uno mismo es demasiado poco como para que logremos, saludablemente, dedicarle nuestra vida.*

Recordemos la gravitación de la sentencia de Porchia: “Nadie está hecho de sí mismo”. Es muy cierta y pesa mucho, y sin embargo su peso no alcanza para incluir en la consciencia aquel otro

enunciado (la vida de uno es demasiado poco, etc.) cuya importancia es mayúscula.

Veinte años separaron la escritura del libro *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*, de *Las cosas de la vida. Composiciones sobre lo que nos importa*. Esos veinte años fueron el trayecto requerido para recorrer la distancia entre las cosas que suceden y la importancia que, entre ellas, se distribuye de manera desigual.

El psicoanálisis ha descubierto que la importancia es el único transporte que paga aduana en las fronteras que separan el territorio de los cotidianos menesteres de ese otro predio, celosamente custodiado, en donde se refugia lo que permanece reprimido y cuesta mucho liberar.

Recordemos a Churchill cuando anuncia: “Quien, para evitar la humillación, evite la guerra tendrá la humillación y la guerra”. La guerra a la que aquí nos referimos no es la que se realiza

con los habituales armamentos que utilizan los emprendimientos militares. Incluye, en cambio, los sufrimientos polimorfos que surgen de rechazar lo inevitable.

Me refiero a la distancia, a menudo de años, que separa “debo pensar en mí” del haber comprendido, por fin, que lo único que importa siempre nace, en su primera forma, como un “tú”, la segunda persona de un pronombre personal en singular.

Capítulo XV

Desde la nostalgia hacia el anhelo

*Para nosotros, físicos
convencidos, esta separación
entre pasado, presente y futuro
no tiene más que el valor de una
ilusión, aunque tenaz.*

ALBERT EINSTEIN

Para la metapsicología, que Freud fundamentó en el dualismo cartesiano, el deseo y el recuerdo en nada se diferencian, porque ambos se constituyen como la “recarga” pulsional de una huella mnémica y, sin embargo, apuntan hacia una diferente dirección.

Hace años incursionamos en un territorio que transcurre “entre la nostalgia y el anhelo”, y llegamos a pensar que la nostalgia es el producto de un deseo “débil”, en donde predomina el recuerdo de lo que ha sido y ya no es, mientras que el anhelo es el producto de un recuerdo “fuerte”, en el que predomina el proyecto de lograr lo que no fue.

Hace ya mucho, escribimos:

¿Por qué razón absurda pero fuerte,
en la añoranza de la vez primera,
se prefigura el triunfo de la muerte,
y lo imposible me obliga a que lo quiera?

¿Por qué debo querer lo que ya ha sido,
si lo que ha sido ha sido sin querer?
¿Por qué, entonces, frente al tiempo que
[se ha ido,
finjo querer lo que no pudo ser?

Podemos decir que, entre la nostalgia y el anhelo que le sirven de encuadre, transcurre ese presente ilusorio, de acuerdo con Einstein, y atemporal, si tenemos en cuenta que, como sostiene el psicoanálisis, el pasado no ha terminado y el futuro ya ha comenzado.

Recordemos a Porchia: “Estoy en el ayer, en el hoy. ¿Y en el mañana? En el mañana estuve”. Sabemos que todo mañana se teje con la añoranza de un ayer, y que así, encaminándonos desde un recuerdo de ayer, hacia la construcción de un proyecto futuro, vivimos.

